



AUTORES

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE DUODÉCIMO TOMO.

ESPAÑOLES.

SRA. FELICIA.—SRES. D. LUIS ALVAREZ ALVÍS-
TUR.—D. J. F. DE AYLLON.—D. A. BERRIO
Y RANDO.—D. JUAN C. BUSTO.—D. ANTONIO
R. DEL CASTILLO.—D. JOSÉ DEL CASTILLO Y
SORIANO.—D. MARIANO CARRERAS Y GONZA-
LEZ.—D. C. CONTRERAS.—D. JOSÉ COLL Y
VEHÍ.—D. CARLOS FRONTAURA.—D. RICARDO

GUIJARRO.—D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.
—D. PEDRO DOMINGO MONTES.—D. RAMON
DE NAVARRETE.—D. JOAQUIN OLMEDILLA Y
PUIG.—D. MANUEL OSSORIO Y BERNARD.—
D. M. J. PASCUAL.—D. VICENTE RIVAS.—
SAN RAFAEL.—D. RICARDO SEPÚLVEDA Y DON
ANTONIO DE TRUEBA.

EXTRANJEROS.

MAD. GATTY.—FENELON.—KAEMPFEN.—GRIMM.—BESCHERELLE.

DIBUJANTES.

SRES. PADRÓ (D. TOMAS Y D. RAMON).—ORTEGO.—TERUEL.

GRABADORES.

SRES. CAPUZ.—SADURNÍ.—MASI.—TORO.—FRELICH.—PANNEMACKER.



Precio de la suscripcion..	Madrid.	3	pesetas trimestre, 5,50 semestre, 10	[año.
— ..	Provincias.	3,75	— 7 —	12,50 —
Precio del número suelto..	Madrid.	0,50	— Provincias.	0,50
Precio del tomo encuadernado.	—	6	— —	7,50

América, 5 ps. fs. 50 centavos año.—Extranjero, 20 fs. año.

MADRID, 1875.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.^a (sucesores de Rivadeneyra),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.

INSTRUIR DELEITANDO

LOS NIÑOS

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO

PREMIADA EN LA EXPOSICION DE VIENA DE 1873

PUBLICADA Y DIRIGIDA

POR

P. CÁRLOS FRONTEIRA

CON LA COLABORACION

DE DISTINGUIDOS ESCRITORES Y NOTABLES ARTISTAS



TOMO XII.

(CONTIENE LOS NÚMEROS DESDE 1.º DE JULIO HASTA FIN DE DICIEMBRE DE 1873.)

AÑO VI DE LA PUBLICACION.

MADRID,
ADMINISTRACION DE LOS NIÑOS,
PLAZA DE MATUTE, NÚMERO 2.

MDCCLXXV.

2011/11/20



CONFERENCIAS INFANTILES.

XII.

LOS TOROS.

Amigos míos, hoy voy á hablaros de toros. Veo que muchos de vosotros sonreis de satisfaccion al oír este anuncio, y lo veo con sentimiento, porque deseo con toda mi alma que la generacion que ha de suceder á la actual no pase hasta por la vergüenza de que sus dulces hijas y madres de familia vayan á presenciar esos sangrientos y bárbaros espectáculos, y aún por la vergüenza de buscar medios para atender á los dolores y la miseria de sus enfermos y pobres en esas luchas brutales del hombre y la fiera, en que siempre se derrama sangre, y casi siempre se derrama la del hombre, y con frecuencia el hombre pierde la vida, de lo que en Madrid, en la capi-

tal de España, en el pueblo que, si no es el más culto de la nacion, debe serlo, tenemos recientes y tristísimos ejemplos. Estos ejemplos son doblemente tristes é increíbles cuando una guerra fratricida ensangrienta el suelo de la patria, y por tanto nuestros solaces debieran ser simulacros de paz y no de carnicería.

Á veces mi espíritu desmaya de dolor y tristeza, sospechando si la crueldad será un sentimiento natural en el corazón humano, como lo es en los irracionales que llamamos fieras. Una desdichada caballería, sujeta á un carruaje, cae en la calle porque no puede soportar la fatiga que la abruma ó el mal de que adolece. El que dirigia el carruaje la apalea sin misericordia para que se levante, y apenas hay uno de los transeuntes, incluso muchos de los

que pertenecen al sexo por excelencia débil, compasivo y dulce, que no se detenga á presenciar aquel brutal apaleamiento con la avidez con que presenciaria el mejor de los espectáculos. Si hay entre ellos alguno (que por fortuna rara vez deja de haberle) que increpe al apaleador afeando su crueldad, los demas se rien de él ó, cuando ménos, se abstienen de apoyarle como disgustados de que quiera privarles del solaz que experimentan.

En muchas poblaciones de España hay gran aficion á las luchas de gallos. En Madrid se trabaja hace muchos años por hacer agradables y populares estas luchas, y áun se ha levantado un edificio con destino á ellas; pero los esfuerzos de sus propagandistas no han conseguido hasta hoy vencer la indiferencia con que el público lee los anuncios y reclamos con que se le quiere encariñar con ellas. Y el público hace bien en desdeñar semejantes luchas que, si no exponen la vida del hombre como las corridas de toros, carecen de la única faz algo noble que éstas últimas tienen, que es la de ofrecer ocasion de ejercitarse y ostentarse la destreza y el valor del hombre. En efecto, ¡qué mezquino, qué pequeño, qué indigno del hombre me parece el espectáculo que ofrecen dos inocentes avecillas despedazándose con la saña que el hombre ha excitado en ellas, y áun con los acerados agujones de que el hombre las ha provisto!...

Es muy posible que algunos de

vosotros hayan asistido á las corridas de toretes que se dan en la actualidad en la plaza de los Campos Elíseos. Si es así, yo les pregunto si lo que allí han visto está conforme con la dulzura y la compasion que sus madres y sus maestros les aconsejan é inculcan como una de las virtudes con que han de brillar á los ojos de Dios y á los de los hombres. Yo no he ido á esos espectáculos, como no voy á ninguno donde se maltrate á los animales, y mucho ménos donde sin necesidad se exponga la vida humana; yo no he ido ni iré nunca á esos espectáculos, porque demasiado falta de compasion y virtud está mi corazon, sin que yo quiera aumentar esta falta habituándome á presenciar crueldades; pero á los que han ido he oido referir, como cosa cuyo recuerdo les servia de gran solaz, que allí lo ménos repugnante del espectáculo es ver lanzarse á la plaza hasta á personas que blasonan de cultas y buenas, para tener el consuelo de apalear al pobre animal que brama jadeante de dolor y de cansancio!

Cuando os digan que las corridas de toros son muy españolas, pensad que esta no es razon para que sean espectáculo digno de buenos españoles y hombres de buen corazon; pensad que en España hay muchas cosas que, áun siendo genuinamente españolas, son muy bárbaras y muy criminales; y preguntad si las corridas de toros pertenecen ó no al número de estas cosas.

Cuando os digan que los extran-

jeros tienen espectáculos aún más repugnantes que nuestras corridas de toros, en prueba de lo cual os citarán los *trompis* de los ingleses (porque esta cita no la olvidan nunca los taurómanos), pensad que en el caso de que sea verdad lo que os dicen, lo único que debeis hacer es compadecer á los extranjeros cuyos vicios ó barbarie no cohonestan en manera alguna nuestra barbarie ó vicios.

Las diversiones con que debeis descansar del trabajo y dar placidez al ánimo son aquellas en que á la vez se interesan los sentidos y la inteligencia, como las que tienen su base en la literatura y las bellas artes. Espectáculos como el de las corridas de toros, y aún como el de la lucha de gallos, son indignos de estos tiempos, y sólo se conciben en la Roma pagana y en la España de la Edad Media, en que la inteligencia

sólo se apreciaba en cuanto podía favorecer á la fuerza bruta.

Cuando vosotros, niños, seais hombres, y por tanto influyais con el sufragio ó la autoridad en el gobierno de la patria; y cuando vosotras, niñas, seais esposas y madres de familia, si todavía dura la gran vergüenza española de que los hombres mueran luchando con las fieras en los circos, como en tiempo del paganismo y la barbarie de la Edad Media, y hasta las castas y tímidas doncellas y las dulces y amorosas madres de familia vayan engalanadas, como en la fiesta más grata á Dios y á la humanidad, á ser testigos voluntarios de tan vergonzoso y feroz espectáculo, poned todo vuestro conato en la vida pública y en la vida privada en redimir á la patria de tal ignominia.

ANTONIO DE TRUEBA.

LIMOSNA DE SISA.

(CUENTO.)

No alcanzo á recordar, por más que quie-
 Donde, allá en mi niñez, leí yo un día [ro,
 Un caso verdadero,
 Que hoy en verso extender me convendría.
 Referiréle de cualquier manera
 (Como conseja empero),
 Bien que ofender á la verdad me pese.—
 Tal vez el libro del trascuerdo fuese
 (Y á fe que lo sintiera)
La vida de San Juan el Limosnero (1).

(1) En efecto, es así: lo ha visto despues quien ha versificado el cuento. En el cap. xxx de dicha obra se halla la breve historia desfigurada aquí, porque no la recordaba sino muy en confuso quien la leyó más de sesenta años há, y no supo que fuese el autor el Ilmo. Sr. D. Juan de Palafox y Mendoza.

Allá en Alejandría
 Vivió ¿qué sé yo cuándo? un tenderillo (2),
 De corazon sencillo,
 No nada negligente,
 Pundonoroso, urbano,
 En negocios leal, y fiel cristiano,
 Como tantos abundan en España,
 Recomendable gente,
 Que poseyendo para todo maña,
 Para la caridad no tiene mano.
 « Yo, decia mi buen Alejandrino,
 Yo bien diera limosna; mas no atino :
 Voy á sacar un cuarto,

(2) A fines del siglo VI de nuestra era.

Y del bolsillo sáleme un lagarto,
 Que con dientes agudos me amenaza.
 Yo le amenazo á él, y le conjuro;
 No se asusta y yo sí. Yo me figuro
 Que la mano, si doy, me despedaza.
 Necesito una traza
 Para probar si con mi fin me salgo.
 ¡Qué diantre! al que no tiene hay que dar
 Soliloquios, así, de santos fines [algo.]
 No faltan á los ruines;
 Las cosas, es verdad, luégo se enredan,
 Y las palabras ni en palabra quedan.
 En su tienda tenía
 El bien intencionado traficante,
 Cuyo nombre saber me alegraría,
 Y no lo sé (llamémosle Cleante),
 Un sobrino carnal, mozo brillante;
 Pero el tío entre sí se lamentaba
 De que el lúcido jóven le sisaba.
 Se lamentaba con razon, cogia
 El chico á su mayor cuanto podia;
 Mas á impulso noble dando rienda,
 Todo lo que sisaba lo invertia
 En honra y en provecho de la tienda;
 Y así á la de Cleante
 No llegaba ninguna en elegante.
 A este honrado sison díjole el tío,
 Agridulce una vez: «Tengo por cierto
 Que me robas, y bien; mas no lo advierto:
 Y así el robo ó el hurto no me inquieta.
 Pues atiende al encargo que te fio.
 Sísame cada dia una peseta,
 Y dala de limosna: sé que debo
 Yo darla, y no la doy, porque se cruza
 Un bicho verde, con quien no me atrevo.
 Tú, sí, tu ingenio aguza;
 Porque hay para tus lomos un garrote,
 Si es la saca de modo que la note.
 — Corre, dijo el sobrino, por mi cuenta
 Mondar á vuesarced sin que lo sienta.»
 Descansó con el medio discurrido
 El buen Cleante del pesar amargo
 Que algunos meses túvole aburrido;

Y diez años corrieron, y en tan largo
 Tiempo, que fué de próspero descuido,
 Ni se acordó del singular encargo.
 Ya bien enriquecido,
 Vínosele, por fin, á la memoria
 La enmohecida historia,
 Que aprension fué, quizá muy poco sana,
 De la cuaterna sisa cotidiana.
 «Mi sobrino, decia, tan mirado,
 ¿Qué! ni un maravedí me habrá mermado:
 Creces mi capital por puntos cobra:
 Nada me falta en él, ántes me sobra.
 Preguntemos: el chico me lo cuente.
 ¿Cuánto me quitas ordinariamente?
 — Llevo cuenta formal muy puesta en claro.
 Más es de lo que á usted se le figura;
 Porque, en estos diez años de ventura,
 Fuí subiendo la data sin reparo.
 — Hiciste bien, reconocerlo es justo.
 La fortuna me sirve con ahinco.
 En vez de cuatro reales, demos cinco.
 — ¿Cinco! ¡Buena porcion! Pues á ese paso,
 Fuera el caudal de usted aún bien escaso.
 Sépalo todo, y pásnese de gusto.
 Cada dia del año da cabales
 De limosna usarced cuarenta reales.
 — ¡Calla, hombre, que me faltan los alientos!
 ¡Cuarenta! — Y gana usted... — ¿Qué? —
 [¡Cuatrocientos!
 — ¡Jesus! Del bando ruin hoy me desuno.
 ¿Con que no es ponderar, es verdad pura
 Lo de que vuelve Dios ciento por uno!
 Tienes tú para dar desenvoltura;
 Pero yo tendré más; que no es decente
 Que valga, ni áun de risa,
 Más que su principal un dependiente.
 Pues tanto bien nos gana
 Dón que aconseja la piedad cristiana,
 Dón que yo pude maltrocar en sisa,
 Quiero, desde mañana,
 Dar hasta la mitad dé la camisa.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.



LA REINA DE QUINCE AÑOS.

Una hermosa mañana del mes de Julio de 1553 se vió correr á todo el galope de los caballos, hácia el castillo de Sion-Housse, residencia de Juana Grey (en las cercanías de Londres), á veinte hombres que, por el lujo de sus trajes, parecían ser Pares del reino de Inglaterra. La riqueza de sus vestidos, y la celeridad con que caminaban daban á entender que estaban encargados de alguna misión importante, en especial el que parecía jefe de los demás y manifestaba un rostro muy alegre, el anciano Duque de Suffolk, padre de Juana Grey.

Así que llegaron al patio del castillo echaron pié á tierra, y el anciano Duque preguntó al mayordomo que salió á recibirle :

—¿Dónde está mi hija?

—En el jardín, señor, le fué respondido.

Juana Grey, niños míos, era una jóven de quince años, célebre ya por su hermosura, sus virtudes y su rara instrucción; griego, latín, filosofía, historia, todo lo había aprendido, desdeñando las futilidades que suelen ocupar á las jóvenes de su edad.

Su bello y gracioso rostro chocaba por cierta expresión de profunda melancolía, que en ella parecía indicio de una predestinación á la desgracia. Había ya reflexión en sus pensamientos y en sus miradas puras

y tranquilas; su vista infundía respeto y sorpresa, porque en aquella frente de quince años se leía que la jóven prometía más de lo que suele el resto de las mujeres.

Cuando su padre llegó estaba en el jardín leyendo atentamente la historia de su país: admirada del ruido que sentía, se encaminaba hácia el edificio para preguntar la causa, cuando vió de repente al mismo Duque de Suffolk, que corría hácia ella.

—¡Padre mío! exclamó precipitándose en sus brazos.

Y la alegría filial hacía brillar sus ojos y palpar su corazón, mientras aquél la colmaba de caricias.

En esto el Duque de Northumberland y los otros lores ingleses que acompañaban á Suffolk entraron en el jardín é inclinaron su cabeza delante de Juana Grey, afectando una actitud respetuosa y un nuevo ceremonial que la hizo poner pálida y estremecerse.

—Hija mía, dijo entonces el Duque, Eduardo VI ya no existe.

—¿Cómo! exclamó Juana, ¡tan jóven, de diez y seis años!

Y derramó lágrimas por la muerte de aquel príncipe, con quien había estudiado y jugado en su infancia.

—Sí, hija mía, continuó el Duque, ha muerto en Greenwich; pero antes de morir ha desheredado á sus

dos hermanas María é Isabel, y á tí es á quien deja la corona, ó más bien á tu madre, que te cede sus derechos. Juana Grey, nosotros saludamos en tí á la Reina de Inglaterra.

A estas palabras, el Duque de Suffolky Northumberland y los otros señores doblaron la rodilla delante de Juana; pero ella, deteniéndoles, dijo:

—No, señores, no, la corona no está destinada para mí. Yo sé bien, padre mio, que algunas gotas de sangre real corren por las venas de vuestra hija; pero María, la hermana de Eduardo es la que por derecho de nacimiento debe subir al trono ántes que yo... que suba... ella es la que debe reinar.

El Duque de Suffolk frunció las cejas al oír estas palabras, y los señores, admirados de esta renuncia inesperada, de tan humilde y noble respuesta, se miraban unos á otros, cuando el Duque les suplicó que saliesen y le dejasen solo con la *Reina*. Así que estuvieron solos se empeñó en probar á su hija que el testamento de Eduardo, al crear sus derechos, habia destruido los de María; que la Inglaterra tenía en aquel momento los ojos fijos en ella, y que era preciso aceptar.

Juana le preguntó entónces llorando si creía que su felicidad dependiese de una corona, y añadió:

—Por lo que á mí toca, ya hace tiempo que vagos pensamientos me amenazaban con lo que ahora me sucede; mucho tiempo hace que me veo Reina en sueños; pero estos sue-

ños nunca concluyen como empiezan. Ayer mismo me parecia estar recibiendo pleito homenaje de los grandes en mi coronacion y oír las aclamaciones de la alegría popular, cuando de repente, al ir á sentarme en el trono, noté elevarse lentamente de la tierra un cadalso que me llamaba y un verdugo que con horrible sonrisa señalaba alternativamente á mi cabeza y á la fátal cuchilla. ¡Oh, padre mio! yo no quiero ser reina.

Y al decir esto, ocultaba su rostro entre las manos, como para sustraerse al horrible espectáculo que acababa de describir.

Pero el Duque de Suffolk combatió tan bien sus terrores, le suplicó con tantas instancias, que su hija, más bien sumisa que convencida, acalló su repugnancia y respondió con resignacion:

—Pues bien, seré la Reina por sólo quince dias. Partamos.

Una hora despues caminaba hácia Lóndres, acompañada de su padre y de los otros caballeros, que la trataban como á soberana. Así que llegó fué á apearse á la Torre de Lóndres, segun la costumbre del país, y se dieron inmediatamente órdenes para que se proclamase en toda la Inglaterra su advenimiento al trono británico.

Juana Grey, al verse soberana, casi se arrepintió de su obediencia.

Desde la fecha de su coronacion ya no hubo tranquilidad ni sueño para la pobre soberana; al menor ruido que oía figurábasele ya que María, la hermana de Eduardo, en-

traba en Londres como rival irritada y reina amenazadora á pedir su cabeza al pueblo enfurecido, y en sedición armada invadía la Torre de Londres y amenazaba su vida. Entónces sí que hubiera querido volverse atrás y revocar el fatal sacrificio, mas ya era tarde. Inundaba con sus lágrimas su diadema y manto real, insignias importunas de su triste grandeza. ¡ Con qué desesperación se acordaba entónces de la modesta oscuridad que había cambiado por el trono! En los últimos días de su reinado, sobre todo cuando su afligido padre venía de hora en hora á darle noticias de los progresos de María, que atraía diariamente á sus banderas los habitantes de algunos nuevos condados, ¡ cuanto atormentaba á ambos la inquietud!

¡ Ah! en aquellos momentos, ¡ cómo echaba de ménos la calma inalterable de su vida pasada, sus estudios, sus inocentes placeres y la tranquilidad del castillo de su padre!.....

Pero la mano de hierro de la fata-

lidad la impelia hácia adelante, mientras que ella sólo miraba hácia atrás con angustiado corazón. Si aquellos días una pordiosera hubiese venido á ofrecerle sus andrajos y su miseria en cambio de la corona de Inglaterra, y este cambio hubiera sido posible, la pobre reina lo hubiera aceptado con vivísima alegría.....

Pero era forzoso se cumpliera su destino.....

María llegó en efecto. El pueblo de Londres, que había recibido á Juana con indiferencia, aplaudió el regreso de la hermana de Eduardo, y el primer uso que ésta hizo de su nuevo poder, en vez de perdonar, fué encerrar en la Torre á la que ella llamaba usurpadora de su trono, al Duque de Suffolk y á sus partidarios. La infeliz cautiva gemía en la prisión por la incertidumbre de la suerte que le aguardaba.

(Se continuará.)

J. M. BALLESTEROS.

RAFAEL.

Rafael Sanzio nació en Urbino (Italia) en 1483 y se consagró desde muy niño á la pintura, siguiendo la profesión de su padre, si bien éste, artista muy mediano, le llevó al taller del Perugino, á quien muy pronto igualó, si no excedió, el discípulo. Entusiasta Rafael por las obras

de Leonardo de Vinci y de Miguel Angel, y más que nada por el estudio de la naturaleza, renunció á las lecciones de su maestro, y poco después, protegido por el papa Julio II, pudo entrar á trabajar en el Vaticano, siendo su primera obra para el Pontífice *La Escuela de Atenas*. Los

trabajos que hizo para Francisco I de Francia y las recompensas de este monarca estuvieron para decidir al artista á que abandonase á Roma; pero el papa Leon X le obligó á permanecer en su patria, asignándole

una considerable pension y haciéndole trabajar en su servicio.

Rafael Sanzio murió el mismo dia que cumplia la edad de treinta y siete años, dejando una cantidad considerable de obras maestras, de que



hoy se enorgullece el mundo entero, y discípulos tan eminentes como Julio Romano.

Un genio feliz, una imaginacion fecunda, una composicion sencilla, gran correccion en el dibujo, gracia y nobleza en las figuras, intencion

en los pensamientos, naturalidad y expresion en las actitudes: tales son los rasgos sobresalientes en sus obras. En el colorido es inferior á *Tiziano* y *Correggio*.

Rafael ha sido llamado *el Homero de la pintura*.



JUAN DE GUTTENBERG.

Este caballero alemán, hijo de Maguncia, debe ser considerado como el inventor de la imprenta, ó el primero al ménos que concibió y ejecutó la



idea de imprimir un libro con planchas de madera, grabadas en un principio, y más tarde con caracteres movibles, también de madera. La gloria de la invención de los caracteres fundidos no puede disputarse á *Schæffer*.

Consta por documentos dignos del

mayor crédito que Guttenberg residía en Strasburgo ántes de 1440, donde hacía sus primeros ensayos tipográficos, áun cuando se ignora si ya entónces había renunciado á las planas grabadas. La falta de recursos para realizar su empresa le obligó á asociarse con el platero Juan

Fusth y con Schœffer, industrial y escritor, trabajando juntos hasta 1445, y ejecutando la primera Biblia que pudo leerse impresa. Separado de sus consocios, éstos hicieron la que lleva la fecha de 1462, en tanto que Guttenberg desaparece de su patria, viajando por Francia y Holanda. Nada tan oscuro como este perío-

do de su vida: las conjeturas tienen razon lógica de ser, y sólo se sabe por documentos auténticos que en 1465 fué recibido en el número de los gentiles hombres de Adolfo de Nassau, elector de Maguncia, con sueldo fijo, y que murió tres años más tarde, contando sesenta de edad.



LA CAZA DE JILGUEROS.

¿Os acordais, queridos lectorcitos, de aquellos niños que hablaban de las cuatro estaciones del año? Pues estos mismos, á la mañana siguiente, más risueña y deliciosa que la anterior, porque parecia que todos los músicos del aire, las aves todas se habian puesto de acuerdo para alternar en sus arrebatadoras sinfonías, salieron á una frondosa arboleda, por la que serpenteaba un cristalino riachuelo, á poner lazo á un nido de jilguero que dias ántes habian descubierto en la elevada copa de un flexible sauce, que naturalmente habia salido á la orilla derecha del arroyo. Encaramóse Meliton por el árbol, acercóse al nido, y al colocar el hilo con el nudo corredizo, que habia de aprisionar á uno de aquellos libres cantores de la arboleda, vió á los hijuelos inocentes alargar el cuello y abrir su amarillento pico, como

si habrian de recibir de su padre el alimento. ¡Pobrecillos, que suerte tan diversa les esperaba! Armada la trampa, bajóse el niño más ligero que un relámpago, y se retiró con sus tres compañeros á una hoyada rodeada de espesos matorrales, punzantes espinos y trepadoras hiedras, por entre las cuales acechaban con un sepulcral silencio si se enredaba alguno de aquellos infelices sentenciados á una terrible muerte ó á la dura y estrecha prision de una jaula. No habia trascurrido media hora cuando el armador del lazo oyó revolotear á uno de aquellos inocentes (era la madre), que habiendo incauta llevado el cebo á sus hijuelos quedó prendida y colgada del hilo, como quedaban ántes los criminales sentenciados á la horca. Loco de placer, levantóse Meliton dando estas voces: «¡ Ya ha caido! ¡ ya ha caido!» A las

que contestaron Teófilo, Perico y Jesusito: «Sí, sí, allí está revoloteando.» Llegarónse los cuatro á todo correr al patíbulo (que así podemos llamar al árbol); trepó Meliton nuevamente por él, mas ligero que una mona, desenredó al prisionero, y; juntamente con el nido, lo bajó tan gozoso, como el general que en una batalla consigue la victoria. Todos miraban con avidez aquella modesta y bien construida vivienda y aquellos desgraciados seres que moraban en ella. ¡Qué bonita es la madre! decían, ¡qué amarillo tan fino tiene entre las alas! ¡y la cabeza! ¡qué encarnada! ¡parece sangre! Llevemólos á casa, dijo Meliton. Sí, vamos, contestaron todos, y se pusieron en marcha entonando este himno:

¡ Pobre pajarillo,
Cual será tu suerte!
De prision ó muerte
No te escaparás.
Libre ayer cantabas
En el verde, pero
Hoy ya prisionero,
Tienes que llorar.

Cansados ya de andar y de cantar, se sentaron en la cuneta del camino, y el niño más pequeñito les preguntó: «¿Qué vamo á hacé con eyo?» Teófilo, el mayor de todos, y de muy buenos sentimientos, contestó sin vacilacion: «Criarlos todos juntos, y cuando ya aprendan á tomar por sí solos el alimento, os daremos uno á cada uno, ¿quereis?—Sí, respondieron los demas.» Así lo hicieron: los llevaron á casa de los dos hermanos,

Meliton y Teófilo los metieron en una pajarera, les pusieron agua, cañamones, *cardimuelle* (todo les parecia poco), y á la vuelta de un mes ya tenía cada niño el suyo en una dorada jaula, que con anticipacion les habian comprado sus padres, la que todos los dias se veia visitada de otros muchos pajarillos de la misma especie, que acudian á robar á los pobres prisioneros las provisiones que tenian en el comedero.

Amados niños, en esta relacion histórica, cuyos sucesos yo he presenciado con mis propios ojos, no habréis fijado vuestra atencion más que en los jilgueros, ¿no es así? Pues hay, queridos míos, otra cosa mayor, más digna de consideracion, y es la resolucion laudable de Teófilo de criarlos juntos en vez de separarlos desde aquel instante, que acaso les hubiera proporcionado mil tormentos. No me cansaré de repetiros que imiteis la plausible conducta de este niño cuando caiga en vuestras manos alguno de estos inofensivos animalitos. Tratadlos con dulzura; no les atormentéis, porque el Dios que los crió no puede ménos de reprobar ese cruel tratamiento que suelen dar algunos niños á estos pobrecitos seres, y que hiere fuertemente las delicadas fibras de los corazones generosos. ¿No os horrorizaria el ver, como yo he visto... (la pluma se resiste á escribirlo) coger una de esas aves nocturnas, que tanto bien nos hacen, devastando, en la oscuridad de las tinieblas, la infinita plaga de mosquitos que acabarian con nos-

otros, sin la cruda y constante guerra que les hacen; ver coger, repito, un murciélago, arrastrarlo y clavarlo en una puerta? ¿No os causaria horror ver una de esas otras aves que en algunos países son respetadas, y con razon, como cosa sagrada, por los grandes beneficios que tambien nos hacen, una parlera golondrina, colgada de un hilo y... no quiero disgustaros más con estas relaciones. ¡Ah, inocentes lectorcitos! no qui-

siera yo que olvidaseis jamas que los niños que desde tiernos se complacen en hacer padecer á esos sercs que completan, digámoslo así, la armonía del Universo, cuando llegan á otra edad, se atreven á cometer mayores excesos que les proporcionan serios disgustos y severos castigos, sí, porque familiarizados con la crueldad y fiereza nada les importa clavar el puñal en el pecho de su hermano.

JUAN C. BUSTO.



ESCENAS INFANTILES.



Se ha caído el niño que se había subido en el árbol, y ha recibido un golpe tremendo. Y el primer impulso de sus hermanos ha sido echarse á reír y burlarse de la torpeza ó de la desgracia del caído.

Esto está muy mal hecho.

También los hombres suelen reírse del prójimo á quien ven caer; y, ¿sabeis por qué?..... Porque cuando niños no se les ha corregido ese gran defecto, esa fatal tendencia á regocijarse del mal ajeno. Vosotros, lectores de Los Niños, no caeréis, estoy muy seguro, en ese vicio.



LOS GUSANOS DE SEDA.

Cárlos y Manuel eran dos niños tan sumamente aplicados, que sus deseos sólo consistían en aprender. Su padre, rico é ilustrado hacendado, presentábales con frecuencia ocasion de satisfacerlos.

Cierta tarde de primavera, y cuando los dos estudiosos niños hallábanse en el jardín observando los trabajos de acopio que hacían los *himenópteros formicas* (hormigas), presentóse en la casa uno de los guardas de la misma. Interrogado que fué por el jefe de ella acerca de su visita, dijo que ésta la motivaba el deseo de hacer un regalo á los niños, regalo que creía les habria de gustar, y desenvolviendo un papel, mostró á su amo unos granitos de forma parecida á las lentejas. Inmediatamente que fueron reconocidos por el padre de Cárlos y Manuel, asomóse á una de las ventanas de la sala que daban al jardín y los llamó. Pocos momentos despues aparecían en la habitacion los dos aventajados escolares.

—¿Veis estos pequeños granos? les dijo D. Rosendo, que así se llamaba el padre, pues no son otra cosa sino simiente de gusanos de seda.

—¿Y qué hacen estos gusanos? preguntó Cárlos.

—Fabricar los capullos de los cuales se saca la seda, que despues ha de servir para hacer telas y otras cosas.

—¿Pero es posible que de estos granitos salgan esos gusanos? volvió á interrogar Cárlos.

—Y tal vez no paseñ muchos dias sin que veais alguno.

—Cuanto nos alegraríamos, repusieron casi á un mismo tiempo Cárlos y Manuel.

—Al estudio de este insecto, siguió diciendo D. Rosendo, conocido en el terreno de la ciencia por *bombyx mori* ó gusano del moral, se le llama *sericicultura* ó *bacología*, y al que á él se dedica *sericultor* ó *bacólogo*.

—¿Y por qué se les dice gusanos del moral? dijo Manuel.

—Porque aliméntanse de las hojas del moral ó morera, árbol que vosotros ya conoceis.

La sericicultura constituye una de las industrias agrícolas de mayor importancia, y me propongo dárosela á conocer dentro de muy poco tiempo, quizás el próximo año. Esto no obstante, y para dar una prueba de que apreciáis el regalo de nuestro buen Juan, vais á estudiar las diferentes trasformaciones ó *metamórfosis* que el *bombyx mori* experimenta, para lo cual debeis empezar por cubrir de papeles unos cañizos y colocar sobre ellos la semilla.

—En seguida vamos á hacerlo, dijeron los dos hermanos, y salieron corriendo de la sala.

En efecto, pocos minutos despues entraban otra vez en ella anunciando al Sr. D. Rosendo que ya estaba ejecutada la órden dada por él.

Nuestros lectores creerán que despues de lo sucedido ninguno de los dos estudiantes se ocuparia de otra cosa más que de pensar en los gusanos que iban á nacer. Pues no fué así, porque si bien no dejaba de preocuparles una cosa tan maravillosa, no por eso suspendieron sus observaciones sobre las hormigas ni ninguno de sus cuotidianos trabajos. Al dia siguiente, el primer cuidado de los dos fué visitar el local donde habian colocado los cañizos; y cuál no sería la sorpresa que experimentarían al ver, con el auxilio del microscopio, que uno de los granos tenía un agujerito. Corrieron en seguida en busca de D. Rosendo para comunicarle la nueva. No tardaron en encontrarle, y despues de dada la noticia se dirigieron padre é hijos al lugar donde tenía efecto la incubacion ó nacimiento de los pequeños seres. Reconocida la simiente por el padre, éste pudo ver que no era sólo uno el insecto nacido: otros dos tambien habian visto la luz.

Inmediatamente ordenó que fueran al jardin en busca de hojas de morera. Así lo hicieron, y no trascurrió mucho tiempo sin que tuvieran los tres nuevos gusanos el alimento necesario. Desde aquel instante, tanto Cárlos como Manuel no dedicaron su atencion más que á los gusanos de seda, pero siempre bajo la direccion de su buen padre el señor D. Rosendo. Seis dias tardó en avivarse toda la semilla, así es que el sexto presentaban los gusanos variedad de colores y dimensiones. Los que salieron en el primer dia tenian la piel más blanca que los nacidos en el tercero y cuarto, y mucho más que los avivados en los dias quinto y sexto, siendo tambien de mayores proporciones.

Gracias á la buena calidad de la semilla, á la excelente direccion del padre de Cárlos y Manuel y al cuidadoso auxilio de éstos, los gusanos pasaron las cinco dormidas en el mejor estado, no habiendo que lamentar durante ellas más que la pérdida de dos insectos.

(Se continuará.)

LUIS ÁLVAREZ ALVÍSTUR.



UN BUEN EJEMPLO.

Nunca me cansaré de enaltecer á mis lectores el ejercicio de la caridad.

Todos los periódicos han publicado una carta conmovedora de mi amigo Teodoro Guerrero, asociándose á su benéfica excitación en favor de la familia de D. J. G., honradísimo funcionario cesante, sumida en la más espantosa miseria. Interceded, queridos niños, con vuestros amantes padres para que os den una limosna, y llevadla vosotros mismos, que nada hay más noble ni consolador para el alma que la práctica de las obras de misericordia que aprendeis en el Catecismo. Los infelices indigentes viven en la calle de Embajadores, 14, cuarto tercero interior, número 4.

¿Quereis un buen modelo digno de ser imitado? Leed en *El Cascabel* la segunda carta de Guerrero, donde describe con vivos colores el cuadro de la casa de D. J. G., y al detenerse á examinar algunas de las personas que vió llegar con la bendita limosna, dice:

« En seguida entra una niña de siete años, bella como un querubin, en compañía de una sirvienta, que la llevaba á la escuela, y habia accedido á sus ruegos de subir, por que oyó leer mi carta. La niña se estremece ante la realidad de la pobreza; en vez de los mullidos almohadones de su casa, encuentra allí un baul y sillas desvencijadas, únicos muebles que escaparon de la atraccion del Monte de Piedad, y por instinto rompe á llorar. La madre desgraciada la besa en la frente, y el ángel de la caridad apénas puede balbucir estas palabras:

» — Tome V. Es todo lo que tengo.

» Y pone en manos de la buena señora una peseta que le dió su abuela para comprar una muñeca. — ¡Qué leccion para el banquero que niega un socorro al menesteroso! ¡Aquella niña dió *todo lo que tenía* y lloraba! — ¡Ese ángel de la tierra posee las alas que le llevarán al cielo! »

¡Qué magnífico ejemplo! ¿No es más generoso enjugar una lágrima que romper una muñeca? ¡Dios bendice á los niños que socorren á los pobres! ¡Los pobres piden á Dios la felicidad de sus bienhechores!



MADRID, 1875.

IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, núm. 3.